

GREGORIO CASAMAYOR

RAFA QUIERE QUE
TENGAMOS UN HIJO

BARCELONA 2026



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Gregorio Casamayor Pérez
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 979-13-87964-27-6
DEPÓSITO LEGAL: B. IO 921-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

1. El dilema del prisionero

7

2. *Aburrimuerta*

109

3. Ajuste de cuentas

223

Apéndice. ¿La curiosidad mató al gato?

335

Para Marcel.

*Ya con el primer café o té, dedos ansiosos
acuden raudos a tu encuentro:
el ceño fruncido de interrogantes
vigilantes los ojos hambrientos
la nariz arremangada
sobre el despertar de una sonrisa
esa media sonrisa cautivadora.*

1. EL DILEMA DEL PRISIONERO

En algún lugar dentro de ella alguien,
no ya la vieja señora que muriera hace años sino otro,
habitaba el ruido que hace un tenedor al caer al suelo.

JUAN MUÑOZ,
«Tres imágenes o cuatro», *Escritos*

En el momento más inesperado y crítico, quizá también en el más crucial, el pasado irrumpe arrollador en el presente

A mediodía de un sábado de septiembre Ruth Mitjans caminaba apurada por el intercambiador del metro de La Sagrera y repetía esa frasecita, «Rafa quiere que tengamos un hijo», una y otra vez, en su interior, como una cantinela o un estribillo que no pudiera apartar de su mente; la canturreaba con un asomo de sonrisa, como si se tratara de un hallazgo, o mejor aún, de un señuelo. Esa descabellada proposición no le había permitido conciliar el sueño, no porque el deseo de Rafa la perturbara, tampoco porque, de repente, sintiera activado su reloj biológico, por supuesto que no, si ni siquiera era capaz de imaginarse embarazada, y, sin embargo, en ese momento preciso, en una etapa de su vida que ella consideraba periclitada, esa frase surgía como una oportunidad, como un acelerador de decisiones.

Esa madrugada, mientras ese pensamiento recurrente la llevaba de un lado a otro de la cama, agitada, sudorosa, Ruth soñó o se imaginó a sí misma ante una encrucijada—aunque no desorientada, quizá sí perpleja—. En ese cruce de caminos había un poste señalizador marcando decenas de destinos: en uno de los indicadores, la meta era Rafa Collvehí y su inesperada propuesta; en otro, podía leerse «Playa de las Canteras»; en un tercero, aparecía borroso un nombre, Santos; el resto de las direcciones era indescifrable. Y de algún modo, en ese enclave, Ruth Mitjans era extraordinariamente consciente de que optar por un destino u otro dependía únicamente de su voluntad; y justo era ésa la cuestión que le había impedido descansar: sin más tardanza, debía decidir qué camino le convenía tomar.

Al despertar el sábado todavía resonaba en sus oídos, como la alarma que nos recuerda una tarea pendiente y que

nos apremia a actuar, de modo que la proposición de Rafa, improbable e imprevisible hacía sólo unas horas, podía facilitar la puesta en marcha de su plan, podía actuar como esa pinza gigantesca que abraza el tronco, lo zarandea y agita la copa del árbol hasta que cae el fruto.

En el subsuelo de La Sagrera, Ruth se movía apresurada entre los viajeros—un poco atolondrada, insegura, a cada paso que daba parecía a punto de dar un traspié, la mano izquierda ligeramente adelantada como si tirasen de ella—y sorteaba a sus congéneres como si estuviera compitiendo en un *rally* a través del andén y a lo largo de la saturada escalera mecánica y de los concurridos pasillos que comunican las distintas líneas; en su acelerado recorrido más de un pasajero se sintió empujado o desplazado por ella, que no veía nada, que se disculpaba de un modo rutinario—«lo siento», «*disculpi*», «*disculpi*», «*sorry*», «perdón»...—, que sólo anhelaba la compañía de Félix Santos para explicarle dos cosas: una, la insólita situación que estaba viviendo desde la noche anterior; y dos, que había llegado el momento de afrontar esa pregunta retórica que solían hacerse el uno al otro en las horas bajas: «¿Qué demonios hacemos aquí?». Necesitaba conversar con Félix, sin prisas, pasar unas horas con él; estaba segura de que una vez más encontraría comprensión y complicidad, y ella aprovecharía esa circunstancia para convencerle de que su siguiente movimiento debía decidir la partida, como si se tratara de uno de esos juegos de rol que tanto le apasionaban.

A pesar del gentío que se cruzaba a derecha e izquierda, que surgía por delante y por detrás, y entorpecía el paso y la visión, Ruth distinguió a Félix Santos—alto y delgado, relajado y expectante, cercano y distante, traje y corbata, porque vestido de otro modo era incapaz de salir a la calle—junto a la parada de libros viejos, donde manoseaba

volúmenes polvorientos y desastrados; por su aspecto formal, cualquiera diría que curioseaba viejos tratados de Contabilidad o textos pretenciosos del tipo *Cómo ganar amigos o Cómo suprimir las preocupaciones*, y en cambio, por paradójico o desconcertante que pudiera resultar, Félix, como si no hubiera crecido, buscaba alguna de esas rarezas que coleccionaba, ejemplares ilustrados de novelas juveniles de aventuras, como las de Los Cinco o las de Emilio Salgari, le fascinaban Sandokan, Tarzán, el Capitán Trueno, Robin Hood, el Hombre Enmascarado, D'Artagnan y otros paladines cortados por ese mismo patrón: guerreros fuertes, intrépidos, aventureros, sin ningún absurdo atributo mágico, héroes que lo fiaban todo a su inteligencia, a su valor, a su honor y a sus músculos, sin ningún superpoder—ni milagroso ni radiactivo ni extraterrestre—que les proporcionase una ventaja sobre sus enemigos.

Mientras Ruth llegaba a su altura, alzando la mano para llamar su atención, Félix decidió comprar un par de ejemplares que mantenía apartados en espera de una señal. Uno se titulaba *El libro de los novios*, de la editorial Daimon, tan desfasado que le había resultado simpático y no había podido resistirse a adquirirlo al leer el título de su primer capítulo: «El arte de llegar al matrimonio». Y el otro, de la editorial Barcino, una obra de 1927 que en su edición original costaba una peseta, estaba escrito en catalán: *La dona ben educada. Regles de capteniment i etiqueta*. Al hojearlos supuso que en todas las épocas se publicaban obras con un contenido moral, ideológico, y se preguntó si los libros de autoayuda no serían el equivalente actual.

Al llegar a su lado, Ruth se echó en brazos de Félix con tanta fuerza que casi lo desequilibró; él la contuvo a duras penas, la abrazó sin prisa, para ayudarla a recuperar el sosiego; al comprobar que llevaba encajado en la muñeca el mango de la correa y que el mosquetón cromado colgaba

en el aire, hizo un extraño gesto con la mano a un metro del suelo, el gesto de acariciar una mascota. Antes de preguntarle qué le sucedía, como si le concediera un tiempo de gracia, le mostró las cubiertas; Ruth se sorprendió al leer los títulos, pero le faltaba resuello para protestar o para preguntarle cómo diantres había hecho semejante elección, y por toda explicación, como si le adivinara el pensamiento, él miró con lástima al librero furtivo, le señaló discretamente con una mano, como diciendo: «Ya ves, pobre hombre, todo el día con la paradita en el subsuelo para vender dos libros por tres euros». Félix devolvió sus hallazgos al sobre de papel de estraza y lo introdujo, con cierta dificultad, en el bolsillo de su chaqueta.

—*Rafa quiere que tengamos un hijo.*

Cuando Ruth recupera el aliento sólo puede decir eso, de manera entrecortada, en una tira fónica absurda en la que tras pronunciar una palabra necesita tomar aire para poder articular la siguiente, como si fuera un dictado escolar y estuviera obligada a decir una palabra tras otra. Una frase poderosa que conjura su pasado, el de una Ruth Mitjans que ya no es ella.

—*¡Rafa!—exclama Félix—, ¿quién es Rafa?*

Rafa era su novio del pueblo, su exnovio en realidad, pues en los últimos nueve años apenas si habían coincidido alguna vez. Y no se habían visto por voluntad explícita de Ruth, que, en las contadas ocasiones en las que visitaba a los suyos—cada año iba rebajando el número de estancias, y cada estancia era más corta que la anterior—, evitaba encontrarse con él. Era fácil, puesto que la casa familiar estaba en las afueras, así que le bastaba con no dejarse ver en ninguno de los cuatro bares del pueblo, incluido el Casi-

net. Sin embargo, la noche anterior, cuando ella volvía a su piso después de una función teatral en el Romea—José Sacristán interpretando un monólogo de Miguel Delibes, *Señora de rojo sobre fondo gris*—, que presenció junto a unas amigas, espectadoras privilegiadas con butacas en la segunda fila de la platea, y tras un gin-tonic de compromiso para comentar cuánto les había gustado la obra, a todas, que se mostraron sorprendidas por la voz y la memoria y la presencia escénica del actor a pesar de su edad—o quizá gracias a su edad—, aunque no entonces, sino mucho más tarde, después de una cita tan inesperada como emotiva con Hugo Fonseca, que había volado ese mismo día desde las islas Canarias con el único propósito de desestabilizar el precario equilibrio de Ruth Mitjans, casi a las dos de la madrugada, en la puerta de su casa—para ser precisos, en la del edificio del barrio de Gracia—, Ruth se había encontrado a su exnovio del pueblo acurrucado en el umbral, medio dormido, con la bolsa de viaje entre las piernas. Rafa se incorporó en cuanto la vio doblar la esquina, aunque en una calle estrecha, húmeda y mal iluminada, no pudiera estar seguro de si era ella o una pareja abrazada o un par de indigentes tambaleantes en busca de un portal acogedor, y se desplegó en varios tiempos con un concierto de crujidos de sus articulaciones, como un acordeón viejo que se abre al levantarlo de manera descuidada del rincón en el que ha quedado olvidado.

Su manera de saludar a Ruth fue poco convencional. «¿Es normal, en Barcelona, que la gente orine en las esquinas?», le preguntó Rafa, porque en las últimas horas había visto a una docena de jóvenes y no tan jóvenes, de ambos sexos, desahogarse en el mismo rincón, al lado de los contenedores de basura. Ella no le respondió, quizá se había acostumbrado ya a ese aroma fétido que surgía en el barrio sobre todo las noches de luna llena, pero entendió que pu-

diera estar sorprendido por el espectáculo, incluso conmocionado; de todos modos, su reacción fue más sentimental. Ruth estaba tan emocionada, le impactó tanto verle allí, tirado en el suelo como un perro fiel, que se olvidó de todo, se abalanzó sobre Rafa y lo abrazó con fuerza. «¡¿Qué haces aquí, cariño?!—exclamó—, ¿sabes qué hora es?». Y como si lo hubiera zarandeado para sacarlo del sopor o del duermevela, él se despejó y recuperó la cordura. «¿Quién era el hombre que te acompañaba?—balbuceó Rafa, claramente intimidado—, ¿ibais abrazados?». Ruth le tomó de la mano sin responder y se la llevó a los labios. «He venido a buscarte, cari—se enterneció Rafa—, ya va siendo hora de que vuelvas a casa, todos te echamos de menos». Y a continuación soltó la bomba: «Quiero que tengamos un hijo».

Por supuesto, Rafa no había previsto alojarse en otro sitio que no fuera el piso de su novia—su exnovia, según ella, pues siempre hay más de un punto de vista para analizar cualquier relación—y llevaba esperándola en el portal desde las siete de la tarde: un autobús le había dejado en El Corte Inglés de la Diagonal y Rafa, siguiendo las extrañas orientaciones que le ofrecía una aplicación desactualizada, que no debía de incorporar el fantástico plan de obras de la ciudad en año electoral, había caminado en un absurdo zigzag hasta el barrio de Gracia. Ruth le invitó a entrar y lo condujo hasta su piso; mientras subían un tramo tras otro de la escalera, primero de mármol, luego de granito y finalmente de viejos ladrillos rojos, gastados, con un listón de madera carcomida rematando el borde de cada escalón, Rafa le fue desgranando sus planes, los planes que en su interior, sin mediar consejo alguno, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, había bosquejado. Eran contundentes y redondos como un pan de payés: Ruth dejaría su trabajo y volvería al pueblo con él, se casarían enseguida y en menos de un año tendrían a su primer hijo, y luego dos

o tres más. Ya se vería. «Ruth, ¿ese hombre—las imágenes acudían a la mente de Rafa como destellos—, ese hombre te ha besado al despedirse?». Y de nuevo, sin obtener respuesta, continuó con el discurso que había preparado y memorizado. Él se ocuparía de las tierras de su familia y ella de la casa, de las criaturas, cuando llegaran, y de los animales de corral. En las noches de invierno, tostarían las almendras y curarían las aceitunas con la receta de su abuela. Y, según su precipitado pronóstico, serían perdices y comerían felices. Ruth pensó que estaba soñando, que era una pesadilla, que eso no le podía estar sucediendo a ella, que el pasado no podía irrumpir en su vida con tanta contundencia, que una vez—Hugo Fonseca—era impensable, y dos—Rafa Collvehí—, sencillamente imposible, hasta que por fin llegaron a su piso, fue al baño y se lavó la cara con agua fría, dos veces, y sí, estaba despierta a las dos y veinte de la madrugada, y sí, el canario Hugo Fonseca pretendía recuperarla, y sí, habían pasado más de nueve años desde que se alejó de su novio del pueblo, y sí, era Rafa Collvehí, su exRafa, quien la esperaba en el comedor de su casa con una expresión casi de triunfo en el rostro.

Mientras acomodaba a Rafa en el sofá—su piso sólo tenía un dormitorio al que él no pudo acceder a pesar de sus miradas lastimosas—, Ruth intentó explicarle que ella tenía una vida en Barcelona, un buen trabajo, algunos amigos, y que no se imaginaba, en absoluto, viviendo en el pueblo, que no lo echaba de menos, insistió en esa idea para que entendiera que, aunque le quisiera, aunque se alegrara de verle, tampoco a él le echaba de menos, que incluso cada año que pasaba se le hacía más cuesta arriba pasar allí una insufrible semana. Se lo repitió todo de manera muy didáctica, es decir, dos o tres veces, alterando un poco el significado pero no el significado, sin levantar la voz, mirándole directamente a los ojos, con las manos de su exnovio en-

trelazadas con las suyas. Menos que tenía una relación esporádica e intermitente con un hombre casado desde hacía dos años, se lo contó todo, aunque procuró no lastimarlo, se lo contó con las maneras dulces y la voz suave con que se acuesta a un niño, se le abriga con esmero y se le recita de memoria su cuento favorito.

A pesar del rechazo, aunque entendió, pero no asumió, que sus planes se habían hecho añicos en un instante, Rafa estaba agotado y durmió como un lirón; roncaba todavía cuando antes de las siete de la mañana de ese sábado, después de pasar el resto de la noche en vela, Ruth se levantó y se dio una ducha procurando hacer el menor ruido posible. Junto al sofá dejó una nota para Rafa pidiéndole, por favor, que regresara al pueblo. Antes de salir a la calle, desde el amodorramiento, su exnovio la llamó. Le preguntó, extrañado, si era ella y adónde iba. «Sí, cielo, vuelvo enseguida—lo tranquilizó—, salgo a pasear a *Dot*, mi perro». Rafa no se movió; al acostarse había visto una especie de nido entre el sofá y la pared, con una manta y un cojín, y al lado dos recipientes, uno rojo con agua y otro azul con restos de pienso, pero al chucho no lo había visto ni oído.

Ya en la calle, Ruth pensó que él podría seguirla, le conocía bien, era tan inmanejable como su voluminoso tractor, así que echó a caminar en dirección al centro de la ciudad donde las opciones fueran mil y no estuvieran al alcance de su perseguidor. Consciente de que huía de Rafa, se refugió en la cafetería del Gallery Hotel y se dejó caer en una butaca mullida que la acogió como si estuviera rellena de plumas, en la que corría el peligro de quedarse dormida a poco que bajara la guardia. El camarero que la atendió estaba altamente cualificado, no se inmutó al ver cómo ella se desparramaba sobre la butaca, ni le importó que ocupara la contigua con un bolso que parecía un canasto, tampoco quiso ver cómo se deshacía de sus zapatos con un movi-

miento discreto, incluso se limitó a levantar una ceja al ver sobre la mesa una correa de perro y la funda con las bolsitas para recoger los excrementos, y es que el turno de mañana es muy muy exigente, hay que aprender a lidiar con una enorme variedad de noctámbulos insomnes, desde aprendices de zombis hasta mutantes titulados, individuos que apenas si pueden mantenerse en pie y pronunciar sus nombres, que a cualquier pregunta o saludo responden mostrando temblorosos la tarjeta llave de su habitación; en ese contexto laboral no hay conducta, por absurda que sea, que pueda sorprender a un buen profesional. Para combatir el embotamiento, Ruth pidió que le trajeran un zumo de naranja natural, un café con leche en la taza más grande, tamaño orinal, una botella de agua fría y un trozo de tarta de manzana de la talla tres equis ele, «todo a la vez», insistió, y más tarde, cuando el plan que había bosquejado durante el duermevela le pareció convincente, posible, realizable, añadió un café americano y un par de cruasancitos con los cuernecitos de chocolate. Desde allí, mientras desayunaba, entre bostezo y bostezo, le envió un SOS a Félix Santos, el primero de una larga ristra de mensajes.

—*Estoy hecha un lío—suspira Ruth—, necesitaba verte.*

Félix la mira con ternura, la toma de la mano, la aparta a un lado buscando la protección del puesto de libros—un enclave extraordinario, protegido por un campo magnético que sólo unos pocos pirados son capaces de atravesar—, y le dedica una de esas sonrisas cálidas que la aplaca cuando está tensa.

—*He pasado una noche horrible, con una de esas pesadillas circulares en la que intentas escapar y no puedes, y quieres correr, huir, pero algo te retiene. Ha sido un alivio despertar en casa, aunque, un segundo más tarde, he recordado la situación: aún no había amanecido y los bufidos y los gru-*

ñidos de Rafa se alternaban con los ronquidos de la nevera, y he imaginado que era un depredador y yo su presa, así que he salido pitando. Llevo toda la mañana vagando por la ciudad. Necesitaba verte y hablar contigo. Siento que no puedo más. Hemos de tomar una decisión.

Se abrazan de nuevo. En el abrazo, la cabeza de Ruth queda por debajo del cuello de Félix. Los dos se alegran por ese encuentro no planificado.

—Salgamos a la calle—le propone él—, y busquemos un lugar tranquilo.

La estación de La Sagrera, cualquier día de la semana, pero mejor de lunes a viernes, a cualquier hora del día, aunque sea más recomendable visitarla en las horas punta, constituye un microcosmos inexplorado, el lugar que dentro de mil años los etnólogos, etólogos, enólogos y politólogos—en ese estricto orden—deberán excavar si quieren investigar las duras condiciones de vida en este siglo. Mientras tanto, la autoridad del transporte metropolitano debería saber que sólo tiene dos opciones: colocar pantallas gigantes y proyectar las imágenes que captan allí mismo las numerosas cámaras instaladas, o bien situar bancos en lugares estratégicos para que los jubilados y los curiosos y los cuentistas puedan sentarse y disfrutar del mejor espectáculo del mundo, contemplar a la gente pasar: a los correccaminos que cruzan raudos el vestíbulo como si los persiguiera el coyote; a los que arrastran los pies con una calma chicha que desespera; a las parejas que se abrazan y se besan y se vuelven a besar en un intento infructuoso por despedirse; a los merodeadores pendientes de las posesiones ajenas; a los seguratas uniformados con sus Ray-Ban de contrabando escaneando el territorio asignado; a las hordas de guiris desconcertados que consultan el móvil para

orientarse en ese laberinto; a los carteristas y sus acólitos siguiendo de cerca a sus víctimas; a los que se han citado en ese lugar imposible y levantan los brazos con la ansiedad del naufrago; a los currantes de cuello blanco y también a los de mono azul que se afanan con el tictac de su hipoteca clavado en los oídos; a los africanos ilegales que acarrean enormes bultos y están dotados de una visión periférica envidiable; a los estudiantes cargados con pesadas mochilas que, dado su carácter gregario, se agolpan y ascienden por las escaleras mecánicas en pos de algún billete de lotería que les garantice el futuro; a los apáticos sentados en los bancos de los andenes sin decidirse a seguir su camino; a las canguros que tienen el penoso deber de arrastrar a los chiquillos para no llegar tarde a la escuela; o a ese báculo latino de un anciano que se mueve con la parsimonia de la especie vegetal. Para qué seguir. Cómo describir lo que es indescriptible. Se trata de un universo fascinante sólo comparable al que cobija la Gran Barrera de Coral, un ecosistema que se contrae y se expande, cada día, a todas horas, en el intercambiador de La Sagrera.

A mediodía, a pesar de ser sábado, había demasiado ruido y ajetreo en el metro para iniciar una conversación, demasiada gente en ese cruce de caminos que conecta cuatro líneas, dos de las cuales son las que cada día transportan más pasajeros en el área metropolitana de Barcelona. Félix Santos esperaba paciente en el puesto de libros desde la una y media de la tarde, treinta minutos antes de la hora convenida con Ruth Mitjans, y justo en el lugar indicado, sin moverse ni un centímetro, alternando el espectáculo dinámico de los convoyes que vomitan oleadas de ciudadanos con el parsimonioso manoseo de las polvorientas hileras de volúmenes a uno, dos y tres euros, por supuesto intuía que algo andaba mal, porque era un día inusual para sus encuentros con Ruth, porque en su llamamiento había

una mezcla de petición, ruego y exigencia, y porque desde primera hora de la mañana ella, que temía que Félix tuviera que enfrentarse con toda clase de obstáculos e impedimentos, le había puesto un mensaje tras otro reclamando su presencia e incluso se había atrevido a emplear términos que expresaban una alarma creciente como problema, conflicto, pesadilla, urgencia, impotencia y desesperación.

Como salir de casa justo a mediodía, durante el fin de semana, en su caso también era un comportamiento extemporáneo, Félix Santos abandonó su estudio con cautela. En la cocina no había ningún ser vivo, hasta las cucarachas habían desistido de encontrar algo que comer. Según la planificación familiar, pegada con un imán con forma de pequeño cubo de Rubik en la puerta de la nevera, le tocaba ocuparse de la comida a Dolores, la pequeña, y en la casilla de observaciones había escrito «Comida tailandesa. Para tres o más. Llegada: aprox. 14:10 h. Pagada». Félix se alegró de no tener que fingir que comía; demasiado picante para su gusto.

Encontró a Marisa, su mujer—a quien desde hacía tres años debía llamar María Antonieta, y que desde entonces llevaba a cabo un boicot activo contra cualquier producto francés—, en la habitación de su hija María Luisa, que también despreciaba su nombre, que compartía con su madre y con su abuela, y que en la red era más conocida como Mari Maravillas, una reputada *influencer* con, de momento, casi dos millones de seguidores. La niña, Mari Maravillas, había convertido a su madre en una de sus ayudantas con el pomposo cargo de Jefa de Relaciones Públicas con las Grandes Cuentas. En una nave industrial en las afueras de Viladecans, Mari había montado un plató que reproducía exactamente su habitación, de sobras conocida por sus seguidores, aunque la réplica contaba con paredes móviles para darle más o menos intimidad a

sus consejos comerciales. Las dos marialuisas estaban en comunicación constante a través de Zoom y—pese al fingido carraspeo de Félix y a sus intentos de colar una frase corta muy corta entre la perorata ininteligible—no le prestaron la menor atención.

Tampoco encontró en casa a Dolores, la menor, que se hacía llamar Prick; tenía diecisiete años y desde los doce cerraba su habitación con un grueso candado del que nadie más tenía llave, la limpieza sólo podía hacerla una persona de su absoluta confianza, y por supuesto ella le abonaba sus honorarios. Dolores había sido un inesperado regalo del cielo, fortuito como una tormenta de verano; el embarazo y el parto resultaron complicados, y la entonces Marisa, la mujer que la había traído al mundo, después de descartar otros nombres ejemplarizantes como Amparo, Angustias, Caridad, Consuelo, Inocencia, Piedad, Refugio, Regla, Remedios y Socorro, se vengó registrándola con un sospechoso Dolores. Y por supuesto no estaba su hijo mayor, Jon, de Jonathan, que seis meses atrás todavía era okupa en un caserón cercano al parque Güell, y que solía dejarse caer por la casa familiar los fines de semana para que le lavaran la ropa, sablear a su madre, devorar cualquier vianda por correosa que estuviera, y arramblar con los tãpers apilados en el congelador, en general a rebosar de comida exótica. Jonathan había mejorado su estatus socioeconómico en los últimos meses: su nueva novia, catorce años mayor que él, separada, con dos hijos adolescentes atolondrados, lo tenía esclavizado en su bar por el salario mínimo y el libre acceso a la despensa y a la cama.

En definitiva, y muy a su pesar, nadie en aquel dulce hogar se percató, o a nadie le preocupó, que Félix Santos, el cabeza de familia, abandonara el nido hacia la una del mediodía.

En una órbita elíptica hay un momento de máximo acercamiento, perigeo, y otro de máximo alejamiento, apogeo; en las relaciones personales también es así...

Llovía con saña, todo hay que contarle, aunque tras varios años de pertinaz sequía a ningún aborigen se le ocurría lamentarse. Al salir del metro les sorprendió la tormenta, un océano de nubes oscurecía el cielo y se deshilachaba sobre sus cabezas como si se tratara de un castigo divino. Era obvio que el cielo pretendía devolverle a la ciudad la humedad que había absorbido en los últimos meses, los más calurosos de la década o del siglo. Y se la estaba devolviendo toda de golpe y racheada para demostrar la inutilidad de los paraguas de bolsillo que habían aparecido como setas en los umbrales de los bazares chinos. La gente corría alocada en busca de un refugio, atemorizada por unos negros nubarrones que enturbiaban el día y anticipaban el otoño; «cumulonimbos», puntualizaría Félix con mirada experta.

Ruth Mitjans y Félix Santos salieron por la avenida Meridiana—una fantástica arteria urbana con media docena de carriles por sentido, una vía capaz de deglutir el tráfico de dos autopistas y una autovía—; ninguno de los dos incautos se había provisto de paraguas a pesar de las advertencias de los omnipresentes meteorólogos, se pegaron a la pared buscando el cobijo de cornisas y balcones y caminaron apresurados, en fila, primero Félix, haciendo de escudo humano y detrás Ruth, que llevaba la correa en la mano y de vez en cuando echaba un vistazo hacia atrás y tironeaba de *Dot*, hasta que ya empapados encontraron refugio en el primer restaurante de una calle paralela. Fueron conscientes de su grave error mientras se sentaban a la única mesa libre y pudo más el sentirse a resguardo, en un lugar seco y caluroso, que el lastimoso aspecto que presentaba el local.